



Sufrimiento, camino de amor

Domingo 14 del tiempo ordinario

Lucas 10, 1-12. 17-20

En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí, a todas las ciudades y sitios a donde él había de ir. Y les dijo: La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Id; mirad que os envíe como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino. En la casa en que entréis, decid primero: "Paz a esta casa." Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa. En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; curad los enfermos que haya en ella, y decidles: "El Reino de Dios está cerca de vosotros." En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: "Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos. Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca." Os digo que en aquel Día habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad. Regresaron los 72 alegres, diciendo: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre." El les dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño; pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos."

Reflexión

La segunda lectura de hoy (Gálatas 6, 14-18) toca un problema fundamental de la vida humana: el sufrimiento y la cruz. Por eso vamos a reflexionar sobre este tema tan existencial. Vamos a ver cual es la actitud del cristiano frente al sufrir.

El sufrimiento es algo que repugna al hombre. Para muchos su realidad es, justamente, la prueba de que Dios no existe: les parece imposible que un Ser todopoderoso y lleno de amor no usará ese amor y ese poder para impedir que haya guerras, asesinatos, injusticias, niños que nacen deformes, cáncer que mata a madres cuando sus hijos más las necesitan, etc.

Al cristiano se le pide, sin embargo, mucho más: no sólo creer en Dios a pesar de la existencia del sufrimiento, si no también saber aceptar ese sufrimiento como camino de amor.

Este es el punto donde se dividen los espíritus y donde se decide si somos o no cristianos. Somos cristianos de verdad desde el momento en que aceptamos la cruz, porque es en la cruz donde se prueba nuestro corazón de hijos.

La cruz se produce cuando nuestra voluntad se “cruza” con la voluntad del Padre Dios: cuando yo quiero una cosa, y Él me pide otra o permite que suceda algo que va en contra de mis deseos.

Si entonces acepto la cruz, me hago verdadero hijo porque manifiesto que confío en mi Padre, porque creo que sus caminos son más sabios que los míos, y que me dejo conducir por ellos, renunciando a los míos, aunque me duela.

“Si el grano de trigo no muere, quedará solo y no producirá fruto”, nos dice el Señor.

Siendo bueno, Dios no podría permitir nunca el mal por el mal, si de él no resultara bien alguno. Lo que sucede es que no siempre descubrimos el fruto positivo que surge del mal, porque no conocemos la totalidad del plan de Dios.

El sentido de muchos dolores nuestros tal vez lo entenderemos recién en el cielo. En el cielo - al ver el plan total que Dios tenía con nuestra vida - comprenderemos que todos nuestros sufrimientos los permitió Dios por amor: para corregirnos y educarnos, para librarnos del egoísmo y de la afición por los bienes terrenales, para obligarnos a crecer en dimensiones nuevas, para enriquecernos espiritualmente.

Así el sufrimiento no es castigo de Dios, sino al contrario, prueba de su amor de Padre. San Pedro compara el sufrimiento con un crisol, donde Dios purifica el oro de nuestra fe y de nuestro amor. Cuando Dios hace sufrir, significa que nos está dando una oportunidad de crecer en el amor y la confianza, de desarrollar aspectos nuevos de nuestra personalidad cristiana, que hasta ahora estaban dormidos, atrofiados o enfermos.

Cristo y la Santísima Virgen sufrieron muchísimo, precisamente porque fueron los más amados por Dios. También ha sido el destino de todos los santos, los grandes predilectos de Dios.

Todo sufrimiento y cruz que aceptamos como cristianos es siempre participación de la Pasión de Cristo. Él se entregó hasta la cruz como expiación por nuestros pecados. Así también nosotros participamos, por medio de nuestro sufrir, en esta expiación, no sólo por los pecados propios, si no también por los pecados de los demás.

Y siempre cuando nos es dada una nueva cruz, debemos verla en unión con Él, nuestro Redentor. Cuando consideramos así nuestra cruz como parte de su cruz, aprenderemos con más facilidad a llevarla pacientes, obedientes y, con el tiempo, incluso alegres.

Así lo hizo, ante todo, María, la Madre de Jesús. Lo acompañó durante su vida en los tiempos felices y en los tiempos difíciles, hasta el pie de la cruz. Y por eso no es sólo Cristo quien está con nosotros, en tiempos de dolor, sino que también su Madre - que es nuestra Madre - está con nosotros al pie de nuestra cruz.

Y en la medida en que participamos así como Ella en la Pasión de Jesús, tenemos también la promesa de participar en la vida glorificada de Cristo en el cielo, tal como ya lo está haciendo María desde su Asunción.

Queridos hermanos, pongamos pues en esta Eucaristía, nuestro sufrimiento y cruz personal sobre la patena, como nuestra ofrenda, para unirlo con el sacrificio perfecto de Cristo en la cruz. Porque sabemos que esta celebración es la renovación de su Pasión y Muerte, pero también de su Ascensión y Glorificación en el cielo - anuncio y promesa de nuestro propio destino en la vida eterna.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt